

JORGE LUIS BORGES - ADOLFO BIOY CASARES

Nuevos cuentos de Bustos Domecq



ePUB

Caso ejemplar y a la vez rarísimo de escritura en colaboración, H. Bustos Domecq no es, sin embargo, la suma de sus dos ilustres creadores ni es asimilable a ninguno de ellos por separado. Se adivina a Borges detrás del juego de espejos entre autor, narrador y personajes, así como en el fondo trágico y moral de los relatos; a Bioy le corresponden el recurso a la parodia, la descripción de ambientes, el tono distante y satírico. Pero Bustos sigue en pie como un luminoso enigma que precede a los de estos nueve cuentos. En algunos, como “La salvación por las obras”, predomina el tono metafísico. Allí se demuestra que la burla suele ser la máscara del dolor. Otros, como “El hijo de su amigo”, revelan un mundo trastocado donde la traición y el engaño llegan de parte de quien menos se esperaba. “La fiesta del monstruo”, quizás el cuento más conocido por su fuerte contenido ideológico, refiere hechos terribles con paso despreocupado y festivo.

Último libro en común de dos escritores excepcionales, *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* regresa con su alarde de maestría formal, su espíritu irreverente, su diálogo constante con la tradición literaria argentina y su inagotable carga de luz y de sombra.



eBooks con estilo

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares

Nuevos cuentos de Bustos Domecq

H. Bustos Domecq - 4

ePUB v1.0

jugaor 21.09.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*
Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares, 1977.

Ilustración: Sir John Tenniel (1820-1914), para *Alicia en el país de las maravillas*.
Diseño de portada: Viruscat

Editor original: jugaor
ePub base v2.0

Una amistad hasta la muerte

Siempre redundaba satisfactoria la visita de un joven amigo. En esta hora preñada de nubarrones, hombre que no está con la juventud más vale que se quede en el cementerio. Recibí, pues, con mayor deferencia a Benito Larrea y le sugerí que me efectuara su visita en la lechería de la esquina, cosa de no molestar a mi señora, que baldeaba el patio con creciente mal genio. Nos dimos traslao sin más.

Alguno de ustedes, a lo mejor se acuerda de Larrea. Cuando murió su padre se vio heredero de unos pesitos y del quintón de la familia que el viejo le compró a un turco. Los pesitos los fue gastando en farras, pero sin desprenderse de Las Magnolias, la quinta que decayó a su alrededor, mientras él no salía de la pieza, entregado al mate cocido y a la carpintería como *hobby*. Prefirió la pobreza decorada a transar un solo momento con la incorrección o con el hampa. Benito, hoy por hoy, frisaría los treinta y ocho abriles. Venimos viejos y ya nadie se salva. Lo vi por demás caidón y no levantó cabeza cuando el patasucia trajo la leche. Como yo pescase al vuelo que andaba atribulado, le recordé que un amigo está siempre listo a poner el hombro.

—¡Don Bustos! —gimió el otro mientras escamoteaba una media luna sin que yo lo notase— Estoy sumido hasta las orejas y si usted no me tiende su cable soy capaz de cualquier barbaridad.

Pensé que iba a tirarme la manga y me puse en guardia. El asunto que lo traía al joven amigo era todavía más bravo.

—Este año de 1927 me resultó la fecha nefasta —explicó—. Por un lado, la crianza de conejos albinos, auspiciada por un avisito en recuadro como esos de Longobardi, me dejó la quinta hecha un colador, llena de cuevas y de pelusas; por el otro, no acerté un peso en la quiniela ni en el hipódromo. Le soy verdadero, la situación había revestido ribetes alarmantes. En el horizonte asomaban las vacas flacas. En el barrio me negaban el fiado los proveedores. Los amigos de siempre, al divisarme cambiaban de vereda. Acogotado por todas partes resolví, como corresponde, apelar a la Maffia.

»En el aniversario de la muerte natural de Carlo Morganti me presenté de luto en el palacete de don César Capitano, del Bulevar Oroño. Sin aburrir a ese patriarca con el pormenor pecuniario, que fue del peor gusto, le di a entender que mi desinteresado propósito era aportar una adhesión a la obra que él presidía tan dignamente. Yo temía los ritos de iniciación, de que se habla tanto, pero aquí donde usted me ve, me franquearon las puertas de la Maffia, como si me respaldara el Nuncio. Don César, en un aparte, me confió un secreto que me honra. Me dijo que su situación, por lo sólida, le había granjeado más enemigos que liendres y que a lo mejor le convendría una temporadita en una quinta medio perdida, donde no lo alcanzaran las escopetas. Como no soy afecto a perder oportunidades, toda velocidad le respondí:

»—Tengo, precisamente, lo que usted busca: mi quinta Las Magnolias. La ubicación es aparente, pero no está muy lejos que digamos para quien conoce el camino y las vizcacheras descorazonan al forastero. Se la ofrezco a título amistoso y hasta gratuito.

»La última palabra fue el mazazo que la situación requería. Haciendo gala de esa sencillez que es propia de los grandes, don César inquirió:

»—¿Con pensión y todo?

»Para no ser menos le respondí:

»—Usted podrá contar con el cocinero y el peón, como cuenta conmigo, para satisfacer el m
inesperado de sus antojos.

»El alma se me fue a los pies. Don César frunció el ceño y me dijo:

»—Qué cocinero ni qué peón. Fiar en usted, un Juan de afuera, es tal vez un dislate, pero ni loco
consiento que meta en el secreto a esos dos, que me pueden vender a Caponsacchi como chatarra.

»La verdad es que no había cocinero ni peón, pero yo le prometí que esa misma noche los ponía
patitas en la calle.

»Arqueado sobre mí el Gran Capo comunicome:

»—Acepto. Mañana, a las veintiuna clavadas, lo espero valija en mano, Rosario Norte. ¡Que crea
que me voy a Buenos Aires! Ni una palabra más y retírese; la gente es malpensada.

»El más fulminante de los éxitos coronaba mi plan. Tras un improvisado zapateo, gané la puerta.

»Al otro día invertí buena parte de lo que me prestase el carnicero Kosher en alquilarle el *break*
un vecino. Yo mismo hice las veces de cochero y desde las ocho p.m. revisté en el bar de la estación
no sin asomarme cada tres o cuatro minutos, para verificar si todavía no me habían robado el vehículo.
El señor Capitano llegó con tanto atraso que si quiere tomar el tren lo pierde. No es sólo el hombre
empresa que el Rosario de acción aplaude y recela, sino un pico de oro continuo, que no te deja met
baza. A las cansadas llegamos con el canto del gallo. Un succulento café con leche reanimó al invitad
que presto retomó la palabra. Pocos minutos bastarían para que se revelara como un conoced
infatigable de los más delicados vericuetos del arte de la ópera, singularmente en todo lo que atinge
la carrera de Caruso. Ponderaba sus triunfos en Milán, en Barcelona, en París, en la Opera House
Nueva York, en Egipto y en la Capital Federal. Carente de gramófono, imitaba con voz de trueno a s
ídolo en *Rigoletto* y en *Fedora*. Como yo me mostrase un tanto remiso, dada mi escasa versació
musical, limitada a Razzano, me convenció alegando que por una sola representación londinense
habían abonado a Caruso trescientas libras esterlinas, y que en los Estados Unidos la Mano Negra
había exigido sumas inmoderadas, bajo amenaza de muerte; sólo la intervención de la Maffia log
impedir que esos malandrines llevaran a buen término su propósito, contrario a la moral.

»Una siestita reparadora, que duró hasta las nueve de la noche, obvió el asunto almuerzo. Po
después Capitano ya estaba en pie, blandiendo tenedor y cuchillo, con la servilleta al cogote
cantando, con menos afinación que volumen, *Cavalleria rusticana*. Una doble ración de pastel
fuente, regada por su fiasco de Chianti, lo entretuvo durante la perorata; arrebatado por la verba, y
casi no probé bocado, pero llegué a compenetrarme de la actuación privada y pública de Caruso, ca
como para dar examen. Malogrado el creciente sueño, no perdí una sola palabra, ni pasé por alto es
hecho capital: el anfitrión estaba menos atento a las porciones que engullía que al discurso qu
despachaba. A la una se regresó a mi dormitorio y yo me acomodé en la leñera, que es el otro aposent
que no se llueve.

»A la mañana, cuando me espabilé entumecido para revestir mi gorro de cocinero, descub
justamente que en la despensa raleaban las vituallas. No era milagro: el amigo Kosher, sin embargo
ser lo más proclive a la usura, me previno que no volvería a prestarme un kopek; de mis proveedor
de práctica, sólo conseguí Yerba Gato, un mínimo de azúcar y unos restos de cáscaras de naranja, qu
hicieron las veces de mermelada. Dentro de la más estricta reserva, le confié a uno y a todos que n
quinta hospedaba a un personaje de gran desplazamiento y que en breve no me faltaría el metálico. M

labia no surtió el menor efecto y hasta llegué a pensar que no me creyesen en cuanto al asilado Maneglia, el panadero, se propasó y me espetó que ya lo fatigaban mis embustes y que no esperara su munificencia ni un recorte de miga para el loro. Más afortunado me vi con el almacenero Arruti, quien importuné hasta arrancarle kilo y medio de harina, lo que me habilitaba para poder capear el almuerzo. No todas son flores para el cristiano que se quiere codear con los que descuellan.

»Cuando volví de la compra, Capitano roncaba a pierna suelta. A mi segundo toque de corneta (reliquia que salvé del remate judicial del Studebaker) el hombre saltó de la cucha con una imprecación y no tardó en absorber ambos tazones de mate cocido y las limaduras de queso. Fue entonces que noté, junto a la puerta, la temida escopeta de dos caños. Usted no me creerá, pero a mí no me agrada por demás vivir en un arsenal que lo carga el diablo.

»Mientras yo echaba mano de una tercera parte de la harina para los ñoquis de su almuerzo, don César no perdió el tiempo que es oro y en una revisada general que no dejó un cajón sin abrir sorprendió una botella de vino blanco, despistada en el taller de carpintería. Ñoqui va, ñoqui viene agotó la botella y me tuvo boquiabierto con su interpretación personal de Caruso en *Lohengrin*. Tanto comer, beber y perorar le despertaron el sueño y a las tres y veinte p.m. había ganado la cucha. En ínterin yo higienizaba el plato y el vaso y gemía con la pregunta ¿qué le voy a servir esta noche? De estas cavilaciones me arrancó un espantoso grito que mientras viva conservaré patente. El hecho superó en horror todas las previsiones. Mi viejo gato Cachafaz había cometido la imprudencia de asomarse a mi dormitorio conforme a su costumbre inveterada y el señor Capitano lo degolló con la tijera de las uñas. Lamenté, como es natural, el deceso, pero en mi fuero interno celebré la valiosa contribución aportada por el barcino al menú de la noche.

»Sorpresa bomba. Engullido el gato, el señor Capitano dejó atrás los temas musicales al uso para darme una prueba de confianza y abocarme a sus proyectos más íntimos, que juzgué improcedentes en grado sumo y que, usted no me creerá, me alarmaron. El plan, de corte napoleónico, no sólo involucraba la supresión, por intermedio de ácido prúsico, del propio Caponsacchi y familia, sino que una porción de compinches a todas luces espectables: Fonghi, el mago de las bombas en mingitorio, el P. Zappi, confesor de los secuestrados, Mauro Morpurgo, alias el Gólgota, Aldo Adobrandi, el Arlequín de la Muerte, todos, quien más, quien menos, caerían a su turno. Por algo me dijo don César dando un puñetazo que disminuyó la cristalería: “Para los enemigos, ni justicia”. Emitió estas palabras tan enérgicas que cuasi se atoró con un corcho, que manoteó creyendo galleta. Atinó a vociferar:

»—¡Un litro de vino!

»Fue el rayo que ilumina la tiniebla. Administré unas gotas de colorante a un gran vaso de agua que el hombre se zampó entre pecho y espalda y que lo sacó del apuro. El episodio, baladí si se quiere, me tuvo en vela hasta que piaron los pajaritos. ¡Nunca se pensó tanto en una sola noche!

»Disponía de algodón y de naftalina. Con estos ingredientes completé, para la comilona de martes, una fuentada de ñoquis escasany hasta entonces. Día tras día, astutamente incrementé la dosis, en plena impunidad, porque don César inflamábase con Caruso o regodeábase con los planes de su vendetta. Sin embargo nuestro melómano sabía retornar a la tierra. Créame que más de una vez me recriminó bonachón:

»—Lo veo consumido. Aliméntese, sobrealiméntese, caro Larrea. Por lo que más quiera, vigórese. Mi venganza lo necesita.

»Como siempre me perdió la soberbia. Antes que el primer botellero de la mañana berrear a pregón, mi plan ya estaba, en líneas generales, maduro. La suerte quiso que descubriese, en un ejemplar atrasado del *Almanaque del Mensajero*, unos pesitos bien planchados. Me resistí a la tentación de invertirlos en dos cafés con leche completos y me aboqué sin más a la compra de aserrín de pinotea y de pintura. Incansable en el sótano, fabriqué con tales enseres un pastel de madera, con bisagra, que pesaría más de tres kilos y que artísticamente recubrí de pintura marrón. Una guitarra desafinada, en desuso, me brindó un juego de clavijas, que remaché con sumo buen gusto a remodo por el borde.

»Como quien no quiere la cosa presenté ese *capolavoro* a mi protector. Éste, engolosinado, clavó el diente, que cedió antes que la vianda. Prorrumpió en una sola palabra máscula, se incorporó a ver cuan alto era y me ordenó, ya con la escopeta en la diestra, que rezara mi última Ave María. Usted viera cómo lloré. No sé si por desprecio o por lástima, el Capo consintió en alargar el plazo unas horas y me conminó:

«—Esta noche, a las veinte ante mis propios ojos, usted se traga este pastel sin dejar una miga. Si no lo mato. Ahora está libre. Sé que no le da el cuero para delatarme ni para intentar una fuga.

»Ésta es mi historia, don Bustos. Le pido que me salve.

El caso era en verdad delicado. Inmiscuirme en asuntos de la Maffia era del todo ajeno a mi tarea de escritor; abandonar al joven a su destino requería cierto coraje, pero la más elemental cordura aconsejaba. ¡Él mismo había confesado albergar en su quinta de Las Magnolias a un Enemigo Público.

Larrea se cuadró como pudo y partió hacia la muerte. La madera o el plomo. Lo miré sin lástima.

Más allá del bien y del mal

I

Hôtel des Eaux, Aix-les-Bains

25 de julio de 1924

Querido Avelino:

Te pido que disimules la carencia del membrete oficial. El infrascrito ya es todo un cónsul, e representación del país, en esta adelantada ciudad, meca del termalismo. Igual que no dispongo todavía de papel y sobres reglamentarios, tampoco me entregaron el local, donde flameará la celeste blanca. En el ínterin me las arreglo como puedo en el Hôtel des Eaux, que ha resultado un fiasco. Detentaba hasta tres estrellas en la guía del año pasado y ahora lo eclipsan establecimientos menos de confianza que bambolleros, que figuran como *palaces*, gracias a la colocación de avisos. El elemento hablando claro, no ofrece perspectivas halagüeñas para el lancero criollo. El sector mucamas responde tarde y mal a las emergencias de un paladar severo y, en cuanto a la clientela del hotel... Ahorrándome una lista de nombres que no vienen al caso, paso a la palpitante noticia de que por aquí lo que me falta son viejas, atraídas por la Fata Morgana del agua sulfurosa. Paciencia, hermano.

Monsieur L. Durtain, el patrón, es, no hesito en declararlo, la primera autoridad viviente en la historia de su propio hotel, y no pierde ocasión de lucirla, explayándose con la más variada amplitud. A ratos incursiona en la vida íntima de Clementine, el ama de llaves. Noches hay, te lo juro, que me acabo de conciliar el sueño, de tanto barajar esas patrañas. Cuando por fin me olvido de Clementine entran a molestarme las ratas, que son la plaga de la hotelería extranjera.

Abordemos tópico más encalmado. Para ubicarte un poco intentaré un brochazo, a grandes rasgos de la localidad. Ite haciendo a la idea de un largo valle entre dos filas de montañas que, si lo comparás con nuestra cordillera de los Andes, no son gran cosa que digamos. Al cacareado Dent de Chat, si lo ponés a la sombra del Aconcagua, tenés que buscarlo con microscopio. Alegran a su modo el tráfico urbano los pequeños ómnibus de los hoteles, atestados de enfermos y de gotosos, que se dan traslado a las termas. En cuanto al edificio de las mismas, el observador más obtuso remarca que constituyen un duplicado reducido de la Estación Constitución, menos imponente, eso sí. En las afueras hay un lago chiquito, pero con pescadores y todo. En el casquete azul, las nubes errabundas tienden a veces cortinados de lluvia. Gracias a las montañas no corre el aire.

Rasgo aflictivo que señalo con las más vivas aprensiones: AUSENCIA GENERAL, POR LO MENOS EN ESTA TEMPORADA, DEL ARGENTINO, ARTRÍTICO O NO. Cuidado que la noticia no se vaya a infiltrar en el ministerio. De saberla me cierran el consulado y quién sabe dónde me despachan.

Sin un compatriota con quien relincharme, no hay modo de matar el tiempo. ¿Dónde topar con un fulano capaz de jugar un truco de dos, aunque para el truco de dos a mí no me agarran? Es inútil. El abismo no tarda en profundizarse, no hay lo que vulgarmente se llama un tema de conversación y diálogo decae. El extranjero es un egoísta, que no le interesa más que lo suyo. La gente aquí no

habla sino de los Lagrange, que están al llegar. Te lo digo francamente: a mí ¿qué me importan? Un abrazo a toda la barra de la Confitería del Molino. Tuyo,

Félix Ubalde, el Indio de siempre

II

Querido Avelino:

Tu postal me ha traído un poco del calor humano de Buenos Aires. Prometeles a los muchachos que el Indio Ubalde no pierde la esperanza de reintegrarse a la barra querida. Por aquí todo sigue el mismo tranco. Todavía el estómago no termina de tolerar el mate, pero a pesar de todos los inconvenientes que son de prever yo insisto, porque me hice el propósito de matear cada santo día mientras esté en el extranjero.

Noticias de bulto, ninguna. Salvo que antenoche un alto de valijas y de baúles atrancaba el pasillo. El mismo Poyarré, que es un francés protestador, puso el grito en el cielo, pero se retiró en buen orden cuando le dijeron que toda esa talabartería era de propiedad de los Lagrange o, mejor dicho, Grandvilliers-Lagrange. Cunde el rumor de que se trata de unos señorones de fuste. Poyarré me pasó el dato que la familia de los Grandvilliers es de las más antiguas de Francia, pero que a fines del siglo XVIII, por circunstancias que maldito me incumben, cambió un poco de nombre. Macaco viejo no sube a palo podrido; a mí no me engatusan fácil y me dejó caer con la pregunta de si esta familia, por la que no dieron abasto los dos changadores del hotel, serán de veras tan señorones o simples hijos de emigrantes, que se han llenado los bolsillos. Hay de todo en la viña del Señor.

Un episodio de apariencia banal me resultó reconfortante. Estando en el salón comedor, adosado a mi mesa inveterada, con una mano prendida del cucharón y la otra en la panera, el aprendiz de mozo me sugirió que me diera traslado a una mesita de emergencia, junto a la puerta de vaivén, que tiene un mozo personal, cargado de bandejas, pugna en abrir a las patadas. Por poco me salí de la vaina, pero como diplomático, ya se sabe, debe reprimir los impulsos y opté por acatar con bonhomía esa orden tal vez no refrendada por el *maître d'hôtel*. Desde mi retiro pude observar con toda nitidez cómo la cuadrilla de mozos arrimaba mi mesa a otra más grande y cómo la plana mayor del comedor se doblaba en serviles reverencias ante el arribo de los Lagrange. Mi palabra de caballero que no los tratan como si fueran basura.

Lo primero que acaparé la atención del lancero criollo fueron dos chicas que, por el parecido, son hermanas, salvo que la mayor es pecosita, tirando a colorada, y la menor tiene las mismas facciones pero en moreno y pálido. De vez en cuando un urso medio fornido, que ha de ser el padre, me echaba su mirada furibunda, como si yo fuera un mirón. No le hice caso y procedí al examen atento de los demás del grupo. Ni bien me sobre el tiempo, te los detallo a todos. Por ahora a la cucha y el último charuto de la jornada.

Un abrazo del Indio

III

Querido Avelino:

Ya habrás leído, con sumo Interés, mis referencias en materia Lagrange. Ahora las puedo ampliar. *Inter nos*, el más simpático es el abuelo. Aquí todo el mundo lo llama Monsieur le Baron. Un tipo formidable: vos no darías cinco centavos por él, flaquito, de estatura de monigote y color aceitunado pero con bastón de malaca y sobretodo azul de buena tijera. Tengo de primer agua que ha envidado que el nombre de pila es Alexis. Qué le vamos a hacer.

En edad lo siguen su hijo Gastón y señora. Gastón frisa los cincuenta y tantos años y parece más bien un carnicero coloradote, en estado permanente de vigilancia sobre la señora y las chicas. A la señora no sé por qué la cuida tanto. Otra cosa son las dos hijas. Chantal, la rubia, que yo no me cansaría de mirarla, a no ser por Jacqueline, que a lo mejor le mata el punto. Las chicas son de lo más avispidas y te aseguro que resultan tonificantes y el abuelo es una pieza de museo, que mientras te divierte te desasna.

Lo que me trabaja es la duda de si realmente son gente bien. Entendeme: no tengo nada contra el medio pelo, pero tampoco olvido que soy cónsul y que debo guardar, aunque más no sea, las apariencias. Un paso en falso y ya no levanto cabeza. En Buenos Aires no corrés ningún riesgo: el sujeto distinguido se huele a la media cuadra. Aquí, en el extranjero, uno se marea: no sabés cómo habla el guarango y cómo la persona bien.

Te abraza, el Indio

IV

Querido Avelino:

El negro nubarrón se disipó. El viernes me arrimé a la portería, como quien no quiere la cosa aprovechando el sueño pesado del portero, leí en el memorándum: «9 a.m. Baron G. L. Café con leche y medialunas con manteca». Baron: ¡le tomando el peso.

Sé que estas noticias, tal vez no truculentas pero jugosas, merecerán también la atención de la señorita hermana, que se desvive por todo lo alusivo al gran mundo. Prometele, en mi nombre, material.

Un abrazo del Indio

V

Mi querido Avelino:

Para el observador argentino, el roce con la aristocracia más rancia provoca verdadero interés. E

este delicado terreno te puedo asegurar que entré por la puerta grande. En el jardín de invierno yo estaba iniciando a Poyarré, sin mayor éxito que digamos, en el consumo del mate, cuando aparecieron los Grandvilliers. Con toda naturalidad se sumaron a la mesa, que es larga. Gastón, a punto de emprender un habano, se palpó de bolsillos, para constatar la carencia de fuego. Poyarré trató de adelantármese, pero este criollo le ganó de mano con un fósforo de madera. Fue entonces que recibí mi primera lección. El aristócrata ni me dio las gracias y procedió con la mayor indiferencia a fumar guardándose en el paletó, como si no fuéramos nadie, la cigarrera con los Hoyos de Monterrey. Ese gesto, que tantos otros confirmarían, fue para mí una revelación. Comprendí en un instante que me hallaba ante un ser de otra especie, de esos que planean muy alto. ¿Cómo ingeniármelas para penetrar en ese mundo de categoría? Imposible detallarte aquí las vicisitudes y los inevitables tropiezos de mi campaña que desarrollé con delicadeza y tesón; el hecho es que a las dos horas y media yo estaba picando a pico con la familia. Hay más. Mientras yo departía del modo más correcto y chispeante, diciéndoles que sí a todo, como un eco, mi retaguardia era muy otra. Sofrenando visajes y pantomimas que me salían del alma, me atuve a la sonrisa enigmática y a la caída de ojos, dirigidas a Chantal, la pecosita, pero que, dada la ubicación de los circunstantes, hicieron blanco en Jacqueline, la de busto menudísimo y turgente. Poyarré, con el servilismo que le es propio, consiguió que aceptáramos una vuelta de aniversario, yo, para no ser menos, me sobresalté con el grito de «¡Champagne para todos!», que felizmente el mozo echó a la broma, hasta que media palabra de Gastón le bajó el cogote. Cada botella descorchada fue como una descarga en pleno pecho y al escurrirme a la terraza, con la esperanza de que el aire me reanimara, vi mi rostro en el espejo, más blanco que el papel de la cuenta. El funcionario argentino tiene que cumplir con su rol y, a los pocos minutos, me reintegré, relativamente repuesto.

Sin más, el Indio

VI

Querido Avelino:

Gran revuelo en todo el hotel. Un caso que pondría en un zapato la perspicacia de un sabueso. Anoche, en la segunda repisa de la *pâtisserie* figuraba, según Clementine y otras autoridades, un frasco mediano, con la calavera y las tibias que anuncian el veneno para las ratas. Esta mañana, a las diez a.m., el frasco se ha hecho humo. El señor Durtain no hesitó en tomar los recaudos que le correspondían; los perfiles de la situación imponían; en un arranque de confianza que no olvidaré fácil, me despachó al trote a la estación ferroviaria, para buscar al vigilante. Cumplí, punto por punto. El gendarme, ni bien llegamos al hotel, procedió a interrogar a medio mundo, hasta las altas horas, con resultado negativo. Conmigo se entretuvo un buen rato y, sin que nadie me soplara, contesté casi todas las preguntas.

No quedó cuarto sin revisar. El mío fue objeto de un examen prolijo, que lo dejó lleno de puchos y colillas. Sólo ese pobre zanahoria de Poyarré, que tendrá sus cuñas, y —por supuesto— los Grandvilliers, no fueron molestados. Tampoco la interrogaron a Clementine, que había denunciado el hurto.

No se habló de otra cosa todo el día que de la Desaparición del Veneno (como algún diario dio e

llamar al asunto). Hubo quien se quedó sin comer, por temor de que el tóxico hubiérase infiltrado en el menú. Yo me reduje a repudiar la mayonesa, la tortilla y el sambayón, por ser de color amarillo de matarratas. Portavoces aislados presumieron la preparación de un suicidio, pero tan ominoso pronóstico no se ha cumplido hasta la fecha. Sigo atento la marcha de los sucesos, que pasaré a historiar en mi próxima.

A más ver, el Indio

VII

Querido Avelino:

El día de ayer, no te exagero, fue toda una novela de peripecias, que pusieron a prueba el temple de su héroe (ya maliciás quién es) con final imprevisto. Empecé por tirarme un lance. Durante el desayuno, de mesa a mesa, las chicas pusieron sobre el tapete el renglón excursiones. Yo aproveché un pitido oportuno de la cafetera, para deslizar el susurro: «Jacqueline, si luego fuéramos al lago...». Aunque me creas embustero, la respuesta fue: «A las doce, en el saloncito de té». A las menos diez yo estaba de facción, anticipando las más rosadas perspectivas y tascando el bigote negro. Por último apareció Jacqueline. Ni un segundo tardamos en escurrirnos al aire libre, donde noté que el eco de nuestros pasos era más bien toda la familia, inclusive Poyarré, que se había colado y nos pisaba festivamente, los talones. Para el traslado recurrimos al ómnibus del hotel, que me salió más barato. De saber que a orillas del lago hay un restaurant, de lujo para peor, me trago la lengua antes de proponer el paseo. Pero ya era tarde. Acodada a la mesa, empuñando los cubiertos y arrasando con la panera, la aristocracia reclamaba el menú. Poyarré me susurró con el vozarrón: «Felicitaciones, pobre amigo. Por chiripa, se salvó del aperitivo». La sugerencia involuntaria no cayó en saco roto. La propia Jacqueline fue la primera en pedir una vuelta general de Bitter de Basques, que no fue la última. Después le tocó el turno a la gastronomía, donde no faltó ni el *foie gras* ni el faisán, pasando por el *fricandeau* y el *filet*, para redondearla con flanes. Empujose tanta comida con el descorche de Bourgogne y del Beaujolais. El café, el Armagnac y los cigarros de hoja rubricaron el ágape. Hasta Gastón, que es un cogotudo, no me escatimó la deferencia y cuando el barón en persona me pasó, a propia mano, la vinagrera, que resultó vacía, yo hubiera contratado un fotógrafo, para remitir una instantánea a la Confitería del Molino. Me la figuro ya en la vidriera.

A Jacqueline la tuve tentada de la risa, con el cuento de la monja y el papagayo. Acto continuado con la desazón del galán al que se le terminan los temas, dije lo primero que se me ocurrió: «Jacqueline, ¿si luego fuéramos al lago?». «¿Luego?», dijo ella y me dejó con la boca abierta. «Vamos más pronto que ligero».

Esta vez nadie nos siguió. Estaban como Budas con la comida. Bien solitos los dos, bordeamos la chacota y el *flirt*, dentro del marco impuesto, claro está, por el alto nivel de mi acompañante. El rayo solar pirueteó su fugitivo garabato sobre las aguas de anilina y la naturaleza toda tomó altura para responder al momento. En el redil balaba la oveja, mugía en la montaña la vaca y en la iglesia vecina las campanas rezaban a su modo. Sin embargo, como la formalidad se imponía, me cuadré a lo estoi-

y volvimos. Una tonificante sorpresa nos aguardaba. En el ínterin, los patrones del restaurant, a pretexto del cierre vespertino, habían conseguido que Poyarré, que ahora repetía como gramófono la palabra «extorsión», abonara la cuenta del total, complementando el pago con el reloj. Convendrás que una jornada como ésta da ganas de vivir.

Hasta la próxima, Félix Ubalde

VIII

Querido Avelino:

Mi temporada aquí me está resultando un verdadero viaje de estudio. Sin mayor esfuerzo me aboco a un examen a fondo de esa napa social que, dicho sea de paso, está a punto de agotamiento. Para el observador alertado, estos últimos retoños del feudalismo constituyen un espectáculo que reclama algún interés. Ayer, sin ir más lejos, a la hora del té en el saloncito, Chantal se presentó con una fuentada de panqueques cargados de frambuesas, que ella misma, por deferencia del pastelero, preparara en las propias cocinas del hotel. Jacqueline les sirvió a todos el *five o'clock* y me arrimó una taza. El barón, sin más, inició el ataque a los manjares, copando hasta dos por mano, mientras yo hacía morir de la risa, alternando casos y anécdotas, del color más subido, con una retahíla de burlas sobre los panqueques de Chantal, que declaró incomibles. Declaró que Chantal era una chambona, que no sabía prepararlos, a lo que Jacqueline le observó que más le valía no hablar de preparaciones, después de lo ocurrido en Marrakesh, donde el gobierno lo salvó como pudo, repatriándolo a Francia en una valija diplomática. Gastón la paró en seco, pontificando que no hay familia a la que le falten casos delictuosos y aun censurables, que es del peor gusto ventilar ante perfectos desconocidos, entre los que embóscase uno de nacionalidad extranjera. Jacqueline retrucole que si al dogo no se le ocurre meter el hocico en el obsequio del barón y caer redondo, Abdul Melek no cuenta el cuento. Por su parte Gastón se limitó a comentar que felizmente en Marrakesh no se practicaba la autopsia y que según el diagnóstico del veterinario que atendía al gobernador se trataba de un ataque de *surmenage* tan común entre los caninos. Yo asentía por turno con la cabeza a lo que cada uno alegaba, avistando al soslayo cómo el viejito no perdía tiempo y se anexaba más y más panqueques. Yo no soy manco, me las arreglé, como quien no quiere la cosa, para quedarme con el sobrante.

À l'avantage, Félix Ubalde

IX

Mi querido Avelino:

Agarrate bien que ahora te remito una escena de esas que te hielan la sangre en el Gaumont. Es mañana, yo me deslizaba lo más campante por el corredor de alfombra colorada que desemboca en el ascensor. Al pasar ante la pieza de Jacqueline, no dejé de notar que la puerta de referencia estaba

medio abrir. Ver la hendidura y filtrarme fue todo uno. En el recinto no había nadie. Sobre una mesa de
ruedas dominé, intacto, el desayuno. Mi madre, en eso resonaron pasos de hombre. Como pude me
perdí de vista entre los abrigos colgados en la percha. El hombre de los pasos era el barón.
Furtivamente se arrimó a la mesita. Yo casi me traiciono por la risa, adivinando que el barón estaba
punto de engullirse el alimento de la bandeja. Pero no. Extrajo el frasco de la calavera y las tibias
frente a mis ojos, que retrataban el espanto, espolvoreó el café con un polvillo verdoso. Misión
cumplida, se retiró como había entrado, sin dejarse tentar por las medias lunas, también
espolvoreadas.

No tardé en sospechar que maquinase la eliminación de su nieta, tronchada por el hado, antes
tiempo. Me quedé con la duda de estar soñando. ¡En una familia tan unida y tan bien como la
Grandvilliers no suelen suceder esas cosas! Venciendo la pavora, traté de acercarme como sonámbulo
hasta la mesa. El examen imparcial confirmó la evidencia de los sentidos: ahí estaba el café todavía
teñido de verde, ahí las nocivas medias lunas. En un segundo sopesé las responsabilidades en juego.
Hablar era exponerme a un paso en falso; de repente me habían engañado las apariencias y yo, por
calumniador y alarmista, caía en desgracia. Callar podía ser la muerte de la inocente Jacqueline
acaso el brazo de la ley me alcanzara. Esta consideración final me hizo desgañitar en un grito sordo
cosa que el barón no me oyera. Jacqueline se asomó envuelta en una salida de baño. Principié, como
situación lo exigía, por el tartamudeo; después articulé que mi deber era decirle algo tan monstruoso
que las palabras no querían salir. Pidiéndole perdón por la osadía le dije, no sin antes cerrar la puerta
que su señor abuelo, que su señor abuelo, y ya me atranqué. Ella se echó a reír, miré medias lunas
taza, y me dijo: «Habrás que pedir otro desayuno. Que el que envenenó Gran Papá lo sirvan a las ratas».
Me quedé de una pieza. Con el hilo de voz le pregunté cómo lo sabía. «Todo el mundo lo sabe» fue su
respuesta. «A Gran Papá le da por envenenar a la gente y, como es tan chambón, casi siempre le sale
mal».

Fue sólo entonces que entendí. La declaración era concluyente. Ante mi visión de argentino se
abrió de golpe esa gran *terra incognita*, ese jardín vedado al medio pelo: LA ARISTOCRACIA
EXENTA DE PREJUICIOS.

La reacción de Jacqueline, aparte de su encanto femenino, sería, no tardé en constatarlo, la
de todos los miembros de la familia, grandes y chicos. Fue como si me dijeran en coro, sin ma
voluntad, «chocolate por la noticia». El propio barón, no me lo van a creer, aceptó con sonrien
bonhomía el fracaso del plan que tanto desvelo le había costado y me repitió, pipa en mano, que n
nos guardaba rencor. Durante el almuerzo menudearon las bromas y, al calor de la cordialidad, le
confié que mañana era el día de mi santo.

¿Brindaron por mi salud en el Molino?

Tuyo, el Indio

X

Querido Avelino:

Hoy fue el gran día. Son las diez de la noche, que aquí es tarde, pero no puedo retener mi impaciencia y te informo con lujo de detalles. ¡Los Grandvilliers, por medio de Jacqueline, me convidaron a comer en mi honor, en el restaurant que está cerca del lago! En la proveeduría de un argelino alquilé ropa de etiqueta y el correspondiente par de polainas. Me habían apalabrado para las siete en el bar del hotel. A las siete y media pasadas, el barón compareció y, poniéndome la mano en el hombro, me dijo con una broma de mal gusto: «Dese preso inmediatamente». Llegó sin el remanente de la familia, pero todos ya estaban en la escalinata y pasamos al ómnibus.

En el local, donde más de uno me conoce de vista y me saluda con aprecio, comimos y charlamos a cuerpo de rey. Fue una cena a todo trapo, sin el menor lunar: el mismo barón bajaba vuelta a vuelta a la cocina, para supervisar las cocciones. Yo estaba entre Jacqueline y Chantal. Copas va, copas viene me sentí a mis anchas, como si estuviera en la calle Pozos, y hasta no vacilé en modular el tango *La ciruja*. Al traducirlo a continuación, descubrí que la lengua de los galos carece de la chispa de nuestro lunfardo porteño y que yo había comido demasiado. Nuestro estómago, hecho a la parrillada y a la buseca, no se halla capacitado para tanto *voulez-vous* como requiere la gran cocina francesa. Cuando sonó la hora del brindis, trabajo me costó incorporarme en los remos traseros, para agradecer, no tanto en mi nombre como en el de la patria lejana, el homenaje a mi cumpleaños. Con la última gota de champagne dulce, nos batimos en retirada. Afuera respiré bien hondo la atmósfera y sentí un comienzo de alivio. Jacqueline me dio un beso en la oscuridad.

Te abraza, el Indio

P. S. de la una a.m.: Los calambres han vuelto. Carezco de la fuerza para arrastrarme a la pera del timbre. El cuarto sube y baja a todo lo que da y yo sudo frío. No sé qué le habrán puesto a la salsa tártara, pero el gusto raro no amaina. Pienso en ustedes, pienso en la barra del Molino, pienso en los domingos de fútbol y...^[1]

La fiesta del monstruo

Aquí empieza su aflicción

HILARIO ASCASUBI. *La Refalosa*

—Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma. Yo, en mi condición de pie plano y de pie propenso a que se me ataje el resuello por el pescuezo corto y la panza hipopótama, tuve un serio oponente en la fatiga, máxime calculando que la noche antes yo pensaba acostarme con las gallinas, una cosa de no quedar como un crosta en la performance del feriado. Mi plan era sume y restar, reapersonarme a las veinte y treinta en el Comité; a las veintiuna caer como un soponcio en la cama, en la jaula, para dar curso, con el Colt como un bulto bajo la almohada, al Gran Sueño del Siglo, y estar con el pie al primer cacareo, cuando pasaran a recolectarme los del camión. Pero decime una cosa ¿vos no creés que la suerte es como la lotería, que se encarniza favoreciendo a los otros? En el propio puentecito de tablas, frente a la caminera, casi aprendo a nadar en agua abombada con la sorpresa de correr al encuentro del amigo Diente de Leche, que es uno de esos puntos que uno se encuentra de vez en cuando. Ni bien le vi su cara de presupuestívoro, palpité que él también iba al Comité y, ya en tren, me mandarnos un enfoque del panorama del día, entramos a hablar de la distribución de bufosos para el magno desfile y de un ruso, que ni llovido del cielo, que los abonaba como fierro viejo con Berazategui. Mientras formábamos en la cola pugnamos por decirnos al vesre que una vez en posesión del arma de fuego nos daríamos traslado a Berazategui aunque a cada uno lo portara el otro a babuchas y allí, luego de empastarnos el bajo vientre con escarola, en base al producido de las armas sacaríamos, ante el asombro general del empleado de turno ¡dos boletos de vuelta para Tolosa! Pero fue como si habláramos en inglés, porque Diente no pescaba ni un chiquito, ni yo tampoco, y los compañeros de fila prestaban su servicio de intérprete, que casi me perforan el tímpano, y se pasaban el Faber cachuzo para anotar la dirección del ruso. Felizmente el señor Marforio, que es más flaco que la ranura de la máquina de monedita, es un antiguo de esos que mientras usted lo confunde con un montículo de caspa está pulsando los más delicados resortes del alma del popolino, y así no es gracioso que nos frenara en seco la manganeta, postergando la distribución para el día mismo del acto, con el pretexto de una demora del Departamento de Policía en la remesa de las armas. Antes de hora y media de plantón, en una cola que ni para comprar kerosene, recibimos de propios labios del señor Pizzurro el orden de despejar al trote, que la cumplimos con cada viva entusiasta que no alcanzaron a cortar enteramente los escobazos rabiosos de ese tullido que hace las veces de portero en el Comité.

A una distancia prudencial la barra se rehízo. Lo ía como se puso a hablar que ni la radio de la vecina. La vaina de esos cabezones con labia es que a uno le calientan el mate y después el tipo —vulgo, el abajo firmante— no sabe para dónde agarrar y me lo tienen jugando al tresiete en el almacén de Bernárdez, que vos a lo mejor te amargás con la ilusión que anduve de farra y la triste verdad fue que me pelaron hasta el último votacén, sin el consuelo de cantar la nápolita, tan siquiera una vuelta.

(Tranquila, Nelly, que el guardaguja ya se cansó de morfarte con la visual y ahora se retira, como un bacán, en la zorra. Dejale a tu Pato Donald que te dé otro pellizco en el cogotito).

Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. No contaba con ese contrincante que es el más sar-

patriotismo. No pensaba más que en el Monstruo y que al otro día lo vería sonreírse y hablar como gran laburante argentino que es. Te prometo que vine tan excitado que al rato me estorbaba la cubi para respirar como un ballenato. Recienquito a la hora de la perrera concilié el sueño, que resultó ta cansador como no dormir, aunque soñé primero con una tarde, cuando era pibe, que la finada madre me llevó a una quinta. Creeme, Nelly, que yo nunca había vuelto a pensar en esa tarde, pero e el sueño comprendí que era la más feliz de mi vida, y eso que no recuerdo nada sino un agua con hoj reflejadas y un perro muy blanco y muy manso que yo le acariciaba el Lomuto; por suerte salí de es purretadas y soñé con los modernos temarios que están en el marcador: el Monstruo me hab nombrado su mascota y, algo después, su Gran Perro Bonzo. Desperté y, para haber soñado tan destropósito, había dormido cinco minutos. Resolví cortar por lo sano: me di una friega con el trap de la cocina, guardé todos los callordas en el calzado Fray Mocho, me enredé que ni un pulpo entre l mangas y las piernas de la combinación —mameluco—, vestí la corbatita de lana con dibujo animados que vos me regalaste el Día del Colectivero y salí sudando grasa porque algún cascaruc habrá transitado por la vía pública y lo tomé por el camión. A cada falsa alarma que pudiera, o n tomarse por el camión, yo salía como taponazo al trote gimnástico, salvando las sesenta varas que ha desde el tercer patio a la puerta de calle. Con entusiasmo juvenil entonaba la marcha que es nuest bandera, pero a las doce menos diez, vine afónico y ya no me tiraban con todo los magnates del prim patio. A las trece y veinte llegó el camión, que se había adelantado a la hora, y cuando los compañer de cruzada tuvieron el alegrón de verme, que ni me había desayunado con el pan del loro de la seño encargada, todos votaban por dejarme, con el pretexto que viajaban en un camión carnicero y no e una grúa. Me les enganché como acoplado y me dijeron que si les prometía no dar a luz antes de lleg a Ezpeleta me portarían en mi condición de fardo, pero al fin se dejaron convencer y medio me izaro Tomó furia como una golondrina el camión de la juventud y antes de media cuadra paró en seco fren del Comité. Salió un tape canoso, que era un gusto cómo nos baqueteaba y, antes que nos pudiera facilitar, con toda consideración, el libro de quejas, ya estábamos transpirando en un brete, que ni tuviéramos las nucas de queso Mascarpone. A bufoso por barba fue la distribución alfabétic compenetrante, Nelly; a cada revólver le tocaba uno de nosotros. Sin el mínimo margen prudencial pa hacer cola frente al *Caballeros*, o tan siquiera para someter a la subasta un arma en buen uso, n guardaba el tape en el camión del que ya no nos evadiríamos sin una tarjetita de recomendación pa el camionero.

A la espera de la voz de ¡aura y se fue! nos tuvieron hora y media al rayo del sol, a la vista p suerte de nuestra querida Tolosa, que en cuanto el botón salía a correrlos, los pibes nos tenían hondazo limpio, como si en cada uno de nosotros apreciaran menos el patriota desinteresado que pajarito para la polenta. Al promediar la primera hora, reinaba en el camión esa tirantez que es la ba de toda reunión social pero después la merza me puso de buen humor con la pregunta si me hab anotado para el concurso de la Reina Victoria, una indirecta, vos sabés, a esta panza bombo, qu siempre dicen que tendría que ser de vidrio para que yo me divisara, aunque sea un poquito, l basamentos horma 44. Yo estaba tan afónico que parecía adornado con el bozal, pero a la hora minutos de tragar tierra medio recuperé esta lengüita de Campana^[2] y, hombro a hombro con l compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón marchita del Monstruo, y ensayé hasta medio berrido que más bien salió francamente un hipo, que

no abro el paragüita que dejé en casa, ando en canoa con cada salivazo que usted me confunde con Vito Dumas, el Navegante Solitario. Por fin arrancamos y entonces sí que corrió el aire, que era como tomarse el baño en la olla de la sopa, y uno almorzaba un sängüiche de chorizo, otro su arrolladito de salame, otro su panetún, otro su media botella de Vascolet y el de más allá la milanesa fría, pero mañana bien todo eso vino a suceder otra vuelta, cuando fuimos a la Ensenada, pero como yo no concurrí, me gano si no hablo. No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo, porque hasta el más abúlico oye las emisiones en cadena, quieras que no. Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Fiorito y de Villa Domínico, de Ciudadela, de Villa Luro, de La Paternal, aunque por Villa Crespo pulula el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte.

¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se me quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretinada el más puro idealismo, pero el capataz de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como corresponde a ese farabutaje sin abuela, máxime cuando te metés en el coco que entre tanto mascalzone patentado bien se podía emboscar un quintacolumnista como luz, de esos que antes que usted dea la vuelta del mundo en ochenta días me lo convencen que yo soy un crosta y el Monstruo un instrumento de la Compañía del Teléfono. No te digo niente de más de un día de cagastume que se acogía a esas purgas para darse de baja en el confusionismo y repatriarse a casita de campo más liviano; pero embromate y confesá que de dos chichipíos el uno nace descalzo y el otro con patita de munición, porque vuelta que yo creía descolgarme del carro era patada del señor Garfunkel que me restituía al seno de los valientes. En las primeras etapas los locales nos recibían con entusiasmo francamente contagioso, pero el señor Garfunkel, que no es de los que portan la piojosa de purgante adorno, le tenía prohibido al camionero sujetar la velocidad, no fuera algún avivato a ensayar la fuga por relámpago. Otro gallo nos cantó en Quilmes, donde el crostaje obtuvo permiso para desentumecer los callos plantales, pero ¿quién, tan lejos del pago, iba a desapartarse del grupo? Hasta ese momentazo no dijera el propio Zoppi o su mama, todo marchó como un dibujo, pero el nerviosismo cundió entre nosotros por merza fresca cuando el trompa, vulgo Garfunkel que le dicen, nos puso blandos al tacto con su imposición de deponer en cada paredón el nombre del Monstruo, para ganar de nuevo el vehículo, para la velocidad de purgante, no fuera algún cabreira a cabriarse y a venir calveira pegándonos. Cuando sonó la hora de la prueba empuñé el bufoso y bajé resuelto a todo, Nelly, anche a venderlo por menos de tres pessolanos. Pero ni un solo cliente asomó el hocico y me di el gusto de garabatear en la tapia un nombre de letras frangollo, que si invierto un minuto más, el camión me da el esquinazo y se lo traga el horizonte rumbo al civismo, a la aglomeración, a la fratellanza, a la fiesta del Monstruo. Como para la aglomeración estaba el camión cuando volví hecho un queso con camiseta, con la lengua de afuera. Yo había sentado en la retranca y estaba tan quieto que sólo le faltaba el marco artístico para ser una foto. A Dios gracias formaba entre los nuestros el gangoso Tabacman, más conocido por Tornillo Sin Fija, que es el empedernido de la mecánica, y a la media hora de buscarle el motor y de tomarse toda la vida Bilz de mi segundo estómago de camello, que así yo pugno que le digan siempre a mi cantimplora, me mandó con toda franqueza su «a mí que me registren», porque el Fargo a las claras le resultaba un nombre firma ilegible.

Bien me parece tener leído en alguno de esos quioscos fetentes que no hay mal que por bien no

venga, y así Tata Dios nos facilitó una bicicleta olvidada en contra de una quinta de verdura, que a ver el ciclistista estaba en proceso de recauchutaje, porque no asomó la fosa nasal cuando el propio Garfunkel le calentó el asiento con la culata. De ahí arrancó como si hubiera olido todo un cuadrado de escarola, que más bien parecía que el propio Zoppi o su mamá le hubiera munido el upite de un petardo Fu-Man-Chú. No faltó quien se aflojara la faja para sonreírse al verlo pedalear tan garufiento pero a las cuatro cuerdas de pisarles los talones lo perdieron de vista, causa que el peatón, aunque habilite las manos con el calzado Pecus, no suele mantener su laurel de invicto frente a don Bicicleta. El entusiasmo de la conciencia en marcha hizo que en menos tiempo del que vos, gordeta, invertís en dejar el mostrador sin factura, el hombre se despistara en el horizonte, para mí que rumbo a la cucha, Tolosa...

Tu chanchito te va a ser confidencial, Nelly: quien más quien menos ya pedaleaba con la comezón del gran Spiantujen, pero, como yo no dejo siempre de recalcar en las horas que el luchador viene enervado y se aglomeran los más negros pronósticos, despunta el delantero fenómeno que marca *gordeta* para la patria, el Monstruo; para nuestra merza en franca descomposición, el camionero. Ese patriota que le sacó el sombrero se corrió como patinada y paró en seco al más avivato del grupo en fuga. Le aplicó súbito un mensaje que al día siguiente, por los chichones, todos me confundían con la yegua tubiana del panadero. Desde el suelo me mandé cada hurra que los vecinos se incrustaban el pulgar en el tímpano. De mientras, el camionero nos puso en fila india a los patriotas, que si alguno quiere despartarse, el de atrás tenía carta blanca para atribuirle cada patada en el culantro que todavía me duele sentarme. Calculate, Nelly, qué tarro el del último de la fila ¡nadie le shoteaba la retaguardia! Era, cuándo no, el camionero, que nos arrió como a concentración de pie planos hasta una zona, que me trepido en caracterizar como de la órbita de Don Bosco, vale, de Wilde. Ahí la casualidad quiso que el destino nos pusiera al alcance de un ómnibus rumbo al descanso de hacienda de La Negra, que ni llovía por Baigorri. El camionero, que se lo tenía bien remanyado al guarda-conductor, causa de haber sido los dos (en los tiempos heroicos del Zoológico Popular de Villa Domínico) mitades de un mismo camello, le suplicó a ese catalán de que nos portara. Antes que se pudiera mandar su Suba Zubizarre de práctica, ya todos engrosamos el contingente de los que llenábamos el vehículo, riéndonos hasta enseñar las vegetaciones, del puntaje senza potencia, que, por razón de quedar cola, no alcanzó a incrustarse en el vehículo, quedando como quien dice «vía libre» para volver, sin tanta mala sangre, a Tolosa. Te exagero, Nelly, que íbamos como en ómnibus, que sudábamos propio como sardinas, que vos te mandás el vistazo, el *Señoras* de Berazategui te viene chico. ¡Las historietas de regular interés que se dieron curso! No te digo niente de la olorosa que cantó por lo bajo el tano Potasman, a la misma vista de Sarandí y desde aquí lo aplaudo como un cuadrumano a Tornillo Sin Fin que en buena ley se vino a ganar su medallón de Vero Desopilante, obligándome bajo amenaza de tincazo en los quimbos, a abrir la boca y cerrar los ojos: broma que aprovechó sin un desmayo para enllenarme los entremueles con la pelusa y los demás producidos de los fundillos. Pero hasta las perdices cansan cuando ya no sabíamos lo que hacer, un veterano me pasó la cortaplumita y la empuñamos todos a un para más bien dejar como colador el cuero de los asientos. Para despistar, todos nos reíamos de mí; e después no faltó uno de esos vivancos que saltan como pulgas y vienen incrustados en el asfáltico cosa de evacuarse del carromato antes que el guarda-conductor sorprendiera los desperfectos. El primero que aterrizó fue Simón Tabacman, que quedó propio ñato con el culazo; muy luego, Fide...

Zoppi o su mama; de último, aunque reviente de la rabia, Rabasco; acto continuo, Spátola; doppio, vasco Speciale. En el interinato, Morpurgo se prestó por lo bajo al gran rejunte de papeles y bolsas de papel, idea fija de acopiar elemento para una fogarata en forma que hiciera pasto de las llamas. Broackway, propósito de escamotear a un severo examen la marca que dejó la cortaplumita. Pirosanto que es un gangoso sin abuela, de esos que en el bolsillo portan menos pelusa que fósforos, se dispersó en el primer viraje, para evitar el préstamo de Rancherita, no sin comprometer la fuga, eso sí, con un cigarrillo Volcán que me sonsacó de la boca. Yo, sin ánimo de ostentación y para darme un poco de corte, estaba ya frunciendo la jeta para debatir la primera pitada cuando el Pirosanto, de un saqueo capturó el cigarrillo, y Morpurgo, como quien me dora la píldora, acogió el fósforo que ya me doraba los sabañones y metió fuego al papelamen. Sin tan siquiera sacarse el rancho, el funyi o la galería Morpurgo se largó a la calle, pero yo, panza y todo, lo madrugué y me tiré un rato antes, y así pude brindarle un colchón, que amortiguó el impacto y cuasi me desfonda la busarda con los noventa kilos que acusa. Sandié, cuando me descalcé de esta boca los tamanguses hasta la rodilla de Manolo Morpurgo, l'ónibus ardía en el horizonte, mismo como el spiedo del Perosio, y el guarda-conductor propietario, lloraba dele que dele ese capital que se le volvía humo negro. La barra, siendo más, reía, pronta, lo juro por el Monstruo, a darse a la fuga si se irritaba el ciervo. Tornillo, que es el buque tamaño mole, se le ocurrió un chiste que al escucharlo vos con la boca abierta vendrías de gelatina con la risa. Attenti, Nelly. Desemporcate las orejas, que ahí va. Uno, dos, tres, y PUM. Dijo —pero no me vuelvas a distraer con el spiantacaca que le guiñas el ojo— que el ónibus ardía mismo como el spiedo del Perosio. Ja, ja, ja.

Yo estaba lo más campante, pero la procesión iba por dentro. Vos, que cada parola que me se caía de los molares, la grabás en los sesos con el formón, tal vez hagás memoria del camionero, que fue el medio camello con el del ónibus. Si me entendés, la fija que ese cachascán se mandaría cada alianza con el lacrimógeno para punir nuestra fea conducta estaba en la cabeza de los más linces. Pero no temás por tu conejito querido: el camionero se mandó un enfoque sereno y adivinó que el otro, sobre el ónibus, ya no era un oligarca que vale la pena romperse todo. Se sonrió como el gran bonachón que el repartió, para mantener la disciplina, algún rodillazo amistoso (aquí tenés el diente que me saltó y lo compré después para recuerdo) y, ¡cierren filas y paso redoblado: marrr!

¡Lo que es la adhesión! La gallarda columna se infiltraba en las lagunas anegadizas, cuando no en las montañas de basura, que acusan el acceso a la Capital, sin más defeción que una tercera parte *grosso modo*, del aglutinado inicial que zarpó de Tolosa. Algún inveterado se había propasado a meditar encender su cigarrillo Salutaris, claro está, Nelly, que con el visto bueno del camionero. Qué cuadro para ponerlo en colores: portaba el estandarte, Spátola, con la camiseta de toda confianza sobre demás ropa de lana; lo seguían de a cuatro en fondo, Tornillo, etc.

Serían recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la Avenida Mitre. Morpurgo se rió todo de pensar que ya estábamos en Avellaneda. También se reían los bacanes, que a riesgo de caer de los balcones, vehículos y demás bañaderas, se reían de vernos de a pie, sin el menor rodado. Felizmente Babuglia en todo piensa y en la otra banda del Riachuelo se estaban herrumbrando unos camiones de nacionalidad canadiense, que el Instituto, siempre attenti, adquirió en calidad de rompecabezas de la Sección Demoliciones del ejército americano. Trepamos como el mono a uno caído y entonando el *Adiós, que me voy llorando* esperamos que un loco del Ente Autónomo, fiscalizado por

Tornillo Sin Fin, activara la instalación del motor. Suerte que Rabasco, a pesar de esa cara de fundillo tenía cuña con un guardia del Monopolio y, previo pago de boletos, completamos un bondi eléctrico que metía más ruido que un solo gaita. El bondi —talán, talán— agarró p'al Centro; iba superbo como una madre joven que, sotto la mirada del babo, porta en la panza las modernas generaciones que mañana reclamarán su lugar en las grandes meriendas de la vida... En su seno, con un tobillo en estribo y otro sin domicilio legal, iba tu payaso querido, iba yo. Dijera un observador que el bondi cantaba; hendía el aire impulsado por el canto; los cantores éramos nosotros. Poco antes de la calle Belgrano la velocidad paró en seco desde unos veinticuatro minutos; yo transpiraba para comprenderlo, aunque por la gran turba como hormiga de más y más automotores, que no dejaba que nuestro medio de locomoción diera materialmente un paso.

El camionero rechinó con la consigna «¡Abajo, chichipíos!» y ya nos bajamos en el cruce de Tacuarí y Belgrano. A las dos o tres cuadras de caminarla, se planteó sobre tablas la interrogante: ¿el garguero estaba reseco y pedía líquido. El Emporio y Despacho de Bebidas Puga y Gallach ofrecía un principio de solución. Pero te quiero ver, escopeta: ¿cómo abonábamos? En ese vericuetto, el camionero se nos vino a manifestar como todo un expeditivo. A la vista y paciencia de un perro dogo que terminó por verlo al revés, me tiró cada zancadilla delante de la merza hilarante, que me encasqueté una rejilla como sombrero hasta el nasute, y del chaleco se rodó la chirola que yo había rejuntado para no hacer tan triste papel cuando cundiera el carrito de la ricotta. La chirola engrosó la bolsa común y el camionero, satisfecho mi asunto, pasó a atender a Souza, que es la mano derecha de Gouvea, el de los Pegotes Pereyra —sabés— que vez pasada se impusieron también como la Tapioca Científica. Souza, que vive para el Pegote, es cobrador del mismo, y así no es gracia que dado vuelta pusiera en circulación tantos biglietes de hasta cero cincuenta que no habrá visto tantos juntos ni yo. Loco Calcamonía, que marchó preso cuando aplicaba la pintura mondongo a su primer bigliete. Los de Souza, por lo demás, no eran falsos y abonaron contantes y sonantes el importe neto de las Chissottis que salimos como el que puso seca la mamajuana. Bo, cuando cacha la guitarra, se cree Gardel^[3]. Más, se cree Gotuso^[3]. Es más, se cree Garófalo^[3]. Es más, se cree Giganti-Tomassoni^[3]. Guitarra propio no había en ese local, pero a Bo le dio con *Adiós, Pampa mía* y todos lo coreamos y la columna juvenil era un solo grito. Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ése le perdonamos la vida pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil. Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio. Se registró como un distraído, que cuasi se lleva por delante a nuestro abanderado Spátola. Bonfirraro, que es el chinche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impudico desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí nomás lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo, me soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manises y, cosa de caerle simpático a Bonfirraro, le dijo al rusoviente que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones cansan, lo arrempujó con una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de la carnaza y el bigliete de chorizo. Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared senza finestra

ventana. De mientras, los traseros nos presionaban con la comezón de observar y los de fila ce quedamos como sánguiche de salame entre esos locos que pugnaban por una visión panorámica y pobre quimicointas acorralado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, recu para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha del tamaño de u semicírculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro estaba la merza. Todos bramábamo como el pabellón de los osos y nos rechinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa u pelo en la sopa, palpité que más o menos de uno se estaba por mandar *in mente* su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón aparente de cascote, que se brindó al observador. Te recordarás que esa tarde el mómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas discutir que un porcentaje nos sacamos el saco. Lo pusimos de guardarropa al pibe Saulino, que así n pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó, de puro tarro, Tabacman, y le desparram las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con u cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Monserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamo un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho un lástima. Luego Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortaplumita en lo q hacía las veces de cara.

Después del ejercicio que acalora me puse el saco, maniobra de evitar un resfrío, que por la par baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añadé en la bufanda que vos zurciste con t dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergolino, pero la gran sorpresa del día la vino detentar Pirosanto, con la ponenda de meterle fuego al rejunta piedras, previa realización en remate c anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad c los ojos y el ambo era un engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturaci de restos orgánicos. La suerte fue que el camionero (que resultó ser Graffiacane) pudo rescatarse s reloj del sistema Roskopf sobre diecisiete rubíes, y Bonfirraro se encargó de una cartera Fabrica con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otar Rabasco se tuvo que contentar con un estuche Bausch para lentes y la lapicera fuente Plumex, para n decir nada del anillo de la antigua casa Poplavsky.

Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de Boitano q tremolan, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidavel. En la Plaza de Mayo n arengó la gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N. Frogman. Nos puso en forma para que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo país, porque el discurso se transmite en cadena.

Pujato, 24 de noviembre de 1947

El hijo de su amigo

I

—Usted, Ustáriz, pensará de mí lo que quiera, pero soy más porfiado que el vasco de la carretilla. Para mí, el renglón libros es una cosa y el cinematógrafo es otra. Mis novelitas serán como el mate del mono con la máquina de escribir, pero la jerarquía de escritor la mantengo. Por eso la vez que me pidieron una comedia bufa para la S. O. P. A. (Sindicato de Operarios y Productores Argentinos) le rogué por favor que se perdieran un poquito en el horizonte. Yo y el cinematógrafo... ¡salga de ahí! No ha nacido el hombre que me haga escribir para el celuloide.

»Claro que cuando supe que Rubicante gravitaba en la S. O. P. A. me dejé poner bozal y mancebo. Además, hay factores que usted le tiene que sacar el sombrero. Desde el anonimato de la platea, pierdo la cuenta de los años que yo he seguido, con interés francamente cariñoso, la campaña que hace la S. O. P. A. en pro de la producción nacional, zampando en cada noticiario de ceremonias y banquetes un tendal de tomas que usted se distrae viendo la fabricación del calzado, cuando no el sellado de los tapones o el etiquetado de los envases. Añada que la tarde que perdió Excursionistas, se me aproximó Farfarello en el trencito del Zoológico, y me dejó pastoso con el notición que la S. O. P. A. tenía programada para su ejercicio del 43 una cadena de películas que aspiraban a copar el mercado fino, dando calce al hombre de pluma, para que despachara una producción de alto vuelo, sin concesión de rigor al factor boletería. Me lo dijo y no lo creí hasta que lo dijo de propios labios. Hasta más. A las cansadas me juré por un viejito que nos tenía medio fastidiados cantando *Sole mio*, que que es esa vuelta no me harían laburar, como las anteriores, sin otra resultante que un apreciable consumo de block Coloso. Los trámites se llevarían gran estilo: un contrato en letra de mosca, que usted se la refriegan suave por las narices y después le pone una firma que, cuando sale a tomar aire, va con su collar y cadena; un adelanto sustancial en metálico, que engrosaría *ipso facto* el fondo común de la sociedad, de la que yo tenía derecho a considerarme adherente; la promesa, bajo palabra, de que la mesa directiva tomaría en consideración, o no, los argumentos sometidos por el firmante; que, previa aprobación de la Nena Nux (que para mí tiene su historia con un peticito gangoso que salía circular en el ascensor), asumirían, a su debido tiempo, la forma de verdaderos anteproyectos de guion y diálogo.

»Créame una vez en la vida, Ustáriz: soy todo un impulsivo, cuando conviene. Engolosinado, me lo apestillé a Farfarello: le obsequié una gaseosa que consumimos sotto la vigilancia del cebú; le calé un medio Toscanini en el morro y me lo llevé, en un placero, entre cuentos al caso y palmaditas, al Nuevo Parmesano de Godoy Cruz. Para preparar el estómago, embuchamos hasta sapo por barbacoa; después tuvo su hora el minestrón; después nos dimos por entero el desgrase del caldo; después, con Barbera, se nos vino el arroz a la Valenciana, que medio lo asentamos con un Moscato y así no dispusimos a dar cuenta de la ternerita mechada, pero antes nos dejamos tentar por unos pastelones de albóndiga y la panzada concluyó con panqueques, fruta mezzo verdolaga, si usted me entiende, un queso tipo arena y otro baboso y un cafferata-express con mucha espuma, que mandaba más ganas de afeitarse que de cortarse el pelo. En ancas del espumoso cayó el señor Chissotti en persona, en forma de grappa, que nos puso la lengua de mazacote y yo la aproveché para dar una de esas notici...

- [The Diaries of Sofia Tolstoy pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [¿Empieza el campeonato! \(¿Gol!, Book 3\) book](#)
- [download The Debt Resisters' Operations Manual \(Common Notions\) online](#)
- [read online The Key to the Indian \(The Indian in the Cupboard, Book 5\) for free](#)

- <http://anvilpr.com/library/Eve--Sex--Childbirth-and-Motherhood-Through-the-Ages.pdf>
- <http://dadhoc.com/lib/Het-verschijnsel-Bob-Evers.pdf>
- <http://nexson.arzamaszev.com/library/The-Debt-Resisters--Operations-Manual--Common-Notions-.pdf>
- <http://schroff.de/books/Bernard-Berenson--A-Life-in-the-Picture-Trade.pdf>